

Bulevar Manigua (capítulo 3)

Fernando Nieto Cadena

A burujón puñao, a burujón puñao, camina como chévere y sigue la cantaleta de todos los días, como si no hubiera otra canción para despertarme, como si toda la Sonora se encaprichara con el burujón cuñao y dale y dale para resucitarme y otra vez a cantar EN LOS MÁS IMPORTANTES, ógalo bien, EN LOS MÁS IMPORTANTES ESCENARIOS DEL MUNDO y sus alrededores, para que lo sepa, digo, para que lo vaya sabiendo bien, que yo soy el tan mentado y llorado Palomero Hernández, ese, el mismo que lloran y lamentan los del grupo Bronco, pa su mecha, como lo oye, yo soy Palomero Hernández, pare bien las orejas, escuche bien que me vuelvo a morir y se va a quedar sin saber nada. Yo soy Palomero Hernández, el mayor de Los aguiluchos, por si no fuera suficiente, por si no bastara mi nombre y arpegios que lo acompañan.

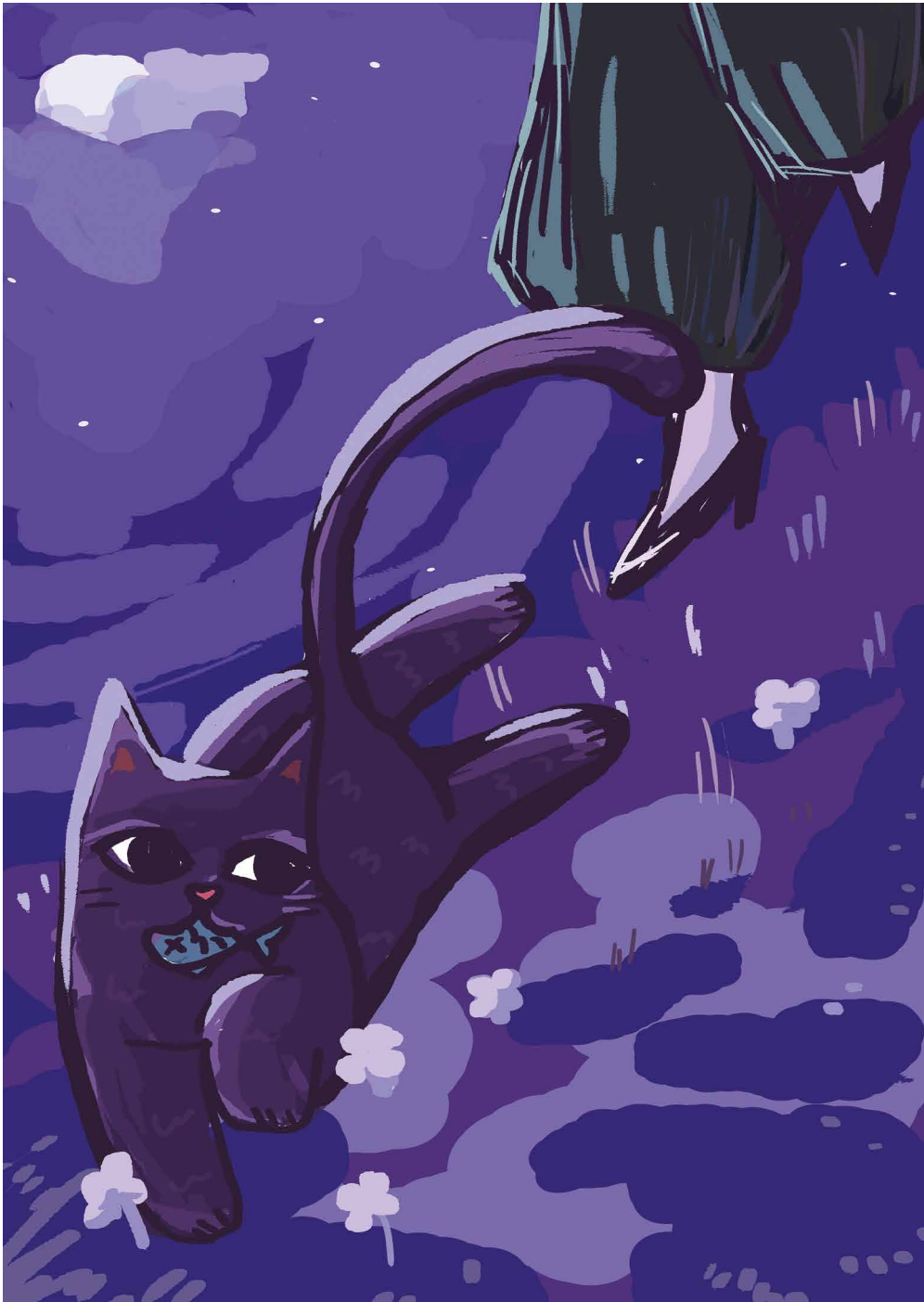
Sí. La noche cubre ya, por fin, con su negro esplendor los domicilios de la gente decente, de la gente normal que abatida por la televisión, por la desesperanza de nunca recibir la llamada de la rueda de la fortuna, atribulada porque Alondra y su destino fatal la conduce a los laberintos sin dios que no le quita la vida y nada más le cruza caminos con su doble rostro de juez y padrastro, decía, la gente normal ya duerme, ya descansa, ya recupera las energías tras una jornada más de inflación en pleno proceso de colocar sus ilusiones en un más allá que quisiera más cercano, más próximo. Sí. En esta noche clara de inquietos luceros, Palomero Hernández busca su mesa favorita en el rincón de siempre en el cabaret de siempre mientras su vieja de siempre se le acerca con el meneo de siempre y el trago de siempre para que él, Palomero Hernández, se lo chingue al tiempo que sus manos recorren las todavía apetecibles nalgas de la mujer que alguna vez fue la niña de Guatemala, esa, la que dicen que murió de amor. Descubre que la muy puta no se ha puesto chones, que la apretada minifalda se le sube hasta la partida de hocico, digo, de nacimiento mientras el jefe, el eterno anacobero se desgañita con sus dos gardenias para incrementar el calor de un beso. Se le sienta, la mujer no el cantor de la varonía con postgrado en las arduas aulas del billar y la cantina – dixit Luis Rafael Sánchez. Se le sienta

en las piernas arrebatándole un sorbo al trago intenso para mutarlo por otro beso largo como lunes de pascua y sin resurrección. Ojo, la erección es casi inmediata pero él, Palomero Hernández, semental serio y garantizado, dosifica el entusiasmo –para que sepa lo que le espera, simplemente– y juega con los pezones enhiestos que mordisquea mientras los camareros y la dueña del recinto cultural dan vueltas y vueltas sin atreverse a decirle que por favor se moderen, que los inspectores están muy alebrestados, que vayan a chingar a sus muy de sus putas madres sin ofender a las presentes, les contestaría si llegaran a interrumpir su regresión maternofilial en los amplios pechos de La Paloma, nombre feliz de combate de la ya tan aludida suripanta que en otros tiempos también respondió al remoquete de La Venada.

Alma de jarocha que nació morena, boca donde vive la queja doliente, alma de jarocha que nació valiente así ya cambia, así sí nos vamos entendiendo y perdone que le moleste distinguido licenciado si le chingo un tabaco, usted sabe, los tiempos no están para despreciar, aunque sea estos cigarros de tosca, pastosa y pajiza naturaleza. Mire lo que es la vida, en mis tiempos iba a los lupanares con mi pasito tumbao, el de los guapos al caminar, la raza aplaudía de emoción y llegaban a la mesa sin que pidiera, puntuales como a mí me gustan, las dosis justas de güiski y agua mineral, eso, agua mineral que a mí no me hacen pendejo con eso de soda, puta madre, si hace un rato bien largo la soda ya no existe y es sólo el apelativo de los chescos en la zona norteña del norte. Lo que son las cosas, ahora debo aprovecharme de la caballerosidad de un licenciado como usted que tiene el paquete listo para despilfarrar los humos de la tensión en cada fumada. Usted sabe que todos los aquí circundantes y anexos son unos tristes muertos de hambre.

[Alma de su alma, no lo desampares ni de noche ni de día.]

Sobre todo, en las mañanas cuando la cruda se anuncia con la insania de un cobarde y traidor dolor de cabeza. La sienta con las piernas en paréntesis, pecho a pecho y le sube la falda, lo poco que le falta, hasta que se le ve el ombligo y él, Jesús, se abre la bragueta porque él sigue siendo de los clásicos con bragueta de botones. Así lo conocieron las



viejas maestras del fellatio. Y zas, hace un breve esguince y listo, ella empieza a moverse como si cabalgara a galope tendido el más brioso corcel, la mitad lleno de lumbre, la mitad lleno de frío, se retuerce, parece agonizar, se sublima, a punto de desmayo, se sacude tanto y tanto que él, Palomero Hernández, debe decirle saliendo al rescate de la sensatez que no se mueva tanto porque me lo vas a partir y ella, exorcizada hasta el orgasmo sólo alcanza, atina, a responder ahhhgggh como si en ello se le fuera toda, toditita la existencia y se desgaja, pobre pobrecita, expira de placer, disfruta hasta los últimos goteos de la poderosa e incandescente eyaculación del más bragado garañón, él que camina como chévere, él que cuando escupe ya no vuelve a crecer el polvo sobre las macetas ni las hormigas hacen su nidal.

Mala mujer no tiene corazón, mala mujer no tiene corazón. Las cosas que podría contarle si no se me duerme. Oiga, está oyendo de viva voz la verdadera y única historia de Palomero Hernández, aguilucho mayor, subcomandante de hetairas, líder supremo de músicos y tótem omnisciente de todo cuanto dios padre hijo y espíritu santo puso en los clítoris terrenales de la santa madre iglesia orgiástica y cogelona de las mil y mil veces divina salsa. Pero déjeme que le cuente chilango el drama letal de esta historia sin nombre que Palomero Hernández debió cruzar para que en un arrebatado de dolor le compusieran con atingencias de tambora un corrido a imagen y semejanza del potro aquel que diera membrete al grupo Bronco, cada vez más sedosos los cabrones, cada vez más televisientos los güeyes. Una noche hui al rincón donde un beso fue chispa de mi fe. Yo le cantaba, oh gitana mi nocturno de pasión, con ansiedad pertinaz. le grité que le perdonaría porque sólo pienso en ella a todas horas, interrogándola al rondar las esquinas ¿qué le has dado a este pobre corazón que no te olvida? Porque sabe usted, uno siempre termina por encontrarse con la horma de tu zapato. Ella apareció como esa virgen de medianoche que nos salta de imprevisto haciéndonos daño, y eso que uno sabe que es mala hembra que no se merece que la quiera nadie. Quise condenarla a mi desprecio, pero me clavó una daga en mi corazón. Entonces lo dejé todo. Usted lo debe saber mejor, todas las vidas son trágicas como Radionovela Palmolive ¿recuerda? Esto que le cuento es para que escriba la novela de mi vida, ya que no puedo comprarle a la vida cinco centavitos de felicidad. Ahora disculpe, pero debo regresar al infierno de mi soledad. A lo mejor viéndome en el

espejo al tiempo que me río de mí mismo pueda reírme del mundo. Te necesito cuando me encuentro triste, eres fiel compañero de mi soledad, licor, grato licor, eres el dios de mi dolor.

En realidad, tú no conoces la historia de Palomero Hernández. Lo que escribes lo haces únicamente para gatillar el fervor por la palabra, esa que en plena media noche se vuelca sobre el lado izquierdo de tu poco venerable almohada y desde un oscuro e incierto atavismo te rompe el sueño para que empieces el relato de una vida azarosa. Imaginas muchos motivos para ponerte frente a la máquina y teclear con ira y desconsuelo por no haber conocido de verdad a ese Palomero Hernández que en cada disco y en cada presentación lloran Los Bronco como si se tratara del hermano mayor o menor o el mejor amigo, que sí lo fue, y que hubiera disfrutado mucho del baile y del cariño que la gente tiene por el grupo.

Debes imaginar todo. Tu hijo te diría que no inventes si supiera en lo que andas metido sólo para desovillar los antiguos hilos de una vida que nunca te atreviste a concluir. Y a lo mejor no andas muy errado, a lo mejor de tanto escuchar en La Manigua ese disco se te hizo el himno a la soledad y al desencanto, a la resignación y al desengaño. Decides escribir la biografía que la sabes apócrifa y te das vuelo porque así son las empresas del alma, cursis epopeyas testimoniadas por un bolero, una tambora o un tango que en lo mejor de la autoflagelación se descubre inmerso en la orilla de los ignotos piélagos de los que nadie regresa. Y tanta precisión de muerte te conmueve y te hace sospechar si no se tratará de una broma, de un timo contra el dolor de haber sido y la angustia de quizá ya no ser, ya nunca más ser ese *desescriptor* de cotidianidades que enamora a la Luna para tener un nuevo motivo y un nuevo agonizar de soledad. Eso es todo. Ignoras todo. Nada sabes de quién fue Palomero Hernández, sin embargo, escribes de él porque sólo así puedes escribir de ti ¿o no?

En medio de la noche con el viento que silba y la lluvia que azota los cristales. Sabes que repites frases de antiguas películas cuando las tormentas arreciaban sobre la cubierta de barcos bucaneros. Y recuerdas a la señora que mató al chamaco porque le estaba robando mangos

trepado en el árbol. Recuerdas que la gente, enardecida, quería lincharla, debió salir disfrazada de policía y huir de la Isla. Recuerdas los consejos estratégicos de don Luis Ayala para conquistar chamacas y señoras en la parada del camión, la carta que mandó al gobernador reclamándole por el puesto que le daba porque él lo que quería era ser un aviadorazo y no el gerente porque tendrá que trabajar y no es lo mismo que le receten una cachetada a Luis Ayala por sacar a bailar a una vieja y proponerle irse al hotel que se la den al licenciado Luis Ayala, gerente de una paraestatal. Recuerdas cuando sacaban a los putos a barrer las calles y el borrachín que gritaba que él iba por pedo no por maricón. Piensas que la ciudad debe estar desierta. Es el primer ciclón que regresa sobre su recorrido, para el libro Aunque usted no lo crea y lees que el creciente calentamiento de la tierra se debe a la extraña conducta que los astrónomos han detectado en el sol, por lo que afirman que año con año aumentará la temperatura y que se acortará el tiempo de aparición de los huracanes, que se incrementará su número y que los daños serán cada vez más desoladores, que serán más y más destructivos y que nada puede hacerse ante los fenómenos naturales, sólo prepararse y esperar lo peor. Decides terminar con este apocalipsis de la objetividad científica y vas a La Manigua porque quieres una cerveza y comer a la orilla de la laguna mientras el ruido de los grupos musicales te permite dejar de angustiarte por la crisis mundial, nacional, la escasez de valores municipales y todas esas preocupaciones que asumes como tuyas, que te indignan y neurotizan más sin percartarte que tampoco nada puedes hacer. En La Manigua el hijo de Chico Ché canta su éxito, "El corrido del judicial" donde se cuenta la historia de un traficante de mota que debe compartir hierba y ganancias con los aquellos y trata de olvidar el incidente con el PJE a la entrada del puente regresando de Villahermosa, tu reclamo para que no grite a la señora y a la muchacha que se ponen nerviosas y no pueden contestar sus abusivas preguntas, tu respuesta cuando te preguntan qué llevas en la mochila, armas muy peligrosas, le dices quiere verlas y corres el cierre para que vea la última novela de Mempo Giardinelli, Imposible Equilibrio, los dos tomos de Teatro del Oprimido, de Augusto Boal, el CD de Paquito de Rivera y el cassette de *The Grateful Dead*. Le dices que son armas que deben manejarse con mucho cuidado porque pueden provocar horrendas explosiones. El PJE no sabe qué hacer, si partirte la madre o irse, te pregunta que dónde

trabajas, le preguntas que si no sabe leer, que en la identificación que le enseñé dice claramente dónde trabajo y se va con la certeza que debió romperte el hocico. Y recuerdas al tipo de la mesa vecina en la fonda de Don Cheche contando que subieron los judiciales al camión y pidieron una credencial y le preguntaron qué llevaba en ese bote, pintura mi teniente quiere que lo abra, no es necesario, y mira la pintura que traía, una arroba de mota para mercarla esta noche y abajo el fierro guardamano para cortarle de un tajo la sonrisa al primer jijueputa judicial que le quiera meter mano a doña Mari. Y reparte a sus cuates por la buena amistad de haberlo atendido esta tarde, que cuando venda todo lo que trajo se regresa a Tenosique por la ruta más larga, para que su vieja le prepare estas jaibas como sólo ella sabe hacerlo. Y pido más chelas para todos los presentes. Y empieza el ruidero en el salón vecino con unas chamaquitas que hacen algo parecido al *aerobics* en una muy casta y muy mala imitación de *dancetable*. Pides la cuenta porque la hora límite para salir ileso del barrio ha llegado. Son las seis y parece que son las diez de la noche. En el taxi recuerdas como las muchachas salían al parque a dar vueltas al kiosko y los chamacos lo mismo en la otra redondela y cada vez que se cruzaban los adiós y las risas nerviosas hasta que se animaban a preguntarse el nombre, a platicar ellas sentadas en los bancos y ellos parados o con un pie asentado en el filo, cuidando de no ensuciarle el vestido. Lo recuerdas. También los viajes a Campeche y Mérida, doce, dieciséis horas a ritmo de jeep por brechas abiertas en la arena, y los viajes a Palizada en el barco, con su rueda de novela gringa y las salidas a Frontera o a Zapata para visitar a la familia, eran una fiesta esos viajes, los mosquiteros en su inútil defensa de los bichos, los lagartos estáticos en su baño de sol, el chillido de los changos y el escurridizo vuelo de un chombo para ubicar el sitio exacto de una res muerta. Llegas a tu casa. Prendes el equipo y pones de nueva cuenta el doble CD de Bronco y te lanzas otra vez a naufragar con tus recuerdos mientras escribes que la ciudad espera con ansiedad el debut en la isla del grupo que ha revolucionado la música grupera.

Te acuerdas de la tarde lluviosa que despedía el último norte del año. Sentada junto a la ventana para verlo pasar hacia el liceo, con sus cuadernos mal forrados, la camisa empapada y un calor tibio. Te acuerdas que le sonreíste y él te dijo adiós como si fuera el beso que te robó en el parque saliendo de la iglesia de Jesús, cuando se quedaron

en una de las bancas porque él te iba a decir algo muy importante y tú que ya te imaginabas qué era te hiciste la difícil, la que no tengo mucho tiempo porque si me tardo me regañan. Y él, nervioso y sudando a chorros te lo suelta de golpe que quiere que seas su novia y te suelta un beso inexperto en la boca, un beso que sólo fue un rozón de labios y sale disparado, huye a la carrera, no espera el sí que habías previsto decirle luego de escuchar su confesión de amor, y te quedaste con el romanticismo atragantado en el subir y bajar de tus pestañas. Ahora lo ves pasar y vuelves a sentir el tímido rozón de sus labios. Piensas si así será el amor, si por estas cosas la gente se muere de dolor y tristeza, se matan los rivales, será por esto piensas y no puedes imaginar que una cosa así sea para tanto y cierras los ojos para soñar con la lluvia que empieza a caer torrencialmente y aunque te mojas no cierras las ventanas hasta que tu mamá te grita que si no serás mena que las cierras porque se está metiendo el agua, y las cierras y te vas a tu recámara, te sientas frente a la mesa que hace de escritorio y escribes en el diario que una de tus tías te regaló la pasada navidad. Al escribir, sin darte cuenta, te has teñido con un rubor que te conduce al llanto, que te corta el aliento, lo sientes como una punzada en la mitad del pecho, entre las bellotitas de tus senos en floración. Te recuperas al cerrar el cuaderno, aún eres muy joven para sufrir de amores te dices y prendes la radio justo a la hora de las complacencias y oyes que te dedican de parte de tu fiel enamorado de las iniciales tales y cuales, esa bonita melodía en la voz del inmortal Pedro Infante y te vuelves a ruborizar porque si tus amigas oyeron se van a dar cuenta que esa Ifigenia eres tú, quién más lleva en el nombre la gracia helénica de un padre llegado desde el Mediterráneo, a quién más se le pudo ocurrir bautizarte así sino a un ferviente adorador de los trágicos, él mismo un trágico que naufragó al cruzar el canal en procura de nuevos horizontes para la familia.

Y al mirarlo pasar por los ventanales de la soledad, te quedaste más sola e incomprendida, más tierna y dulce, suave copo de lluvia, remanso de sollozos, risa borboteante. Eras la felicidad con traje de muñeca despierta con los arreboles de la tarde y la fresca mediación del viento enardecido por la brama del mar en el tinglado del reposo.

Jamás pudiste imaginar que esa era la última vez que tus ojos se deleitaban viendo el plante de tu galán que en los albores de la pubertad te despierta un raro afán de salir a saltar y cantar en los parques y en los puertos, sacudiendo el polvo de las calles con el raspar vibrante de tus huaraches. No podías imaginar que por la noche, los desaprensivos testimonios de la duda como anzuelos celosos lo arrastrarían al sonambulismo del desespero ciego y sombrío ante los murallones del desamparo y sin pausa ni sosiego en los rincones de un patio oscuro iba a encontrar el andamio para su muerte precoz, el trampolín hacia la necia puerta de su tristeza. Ahí encontró la paz. El morbo pueblerino aumentó a tus tribulaciones de novia inconclusa la ausencia de una nota explicatoria, el rutinario mensaje para que no se culpe a nadie. No lo necesitas hoy, tampoco te hizo falta para pedirle permiso a tu madre para ir al entierro de ese joven que como la triste niña aquella que dicen murió, perdón, se mató de amor. Y fuiste al camposanto con gardenias, rosas, claveles y violetas en las manos, fuiste con un dolor cada vez más tuyo y bravío, cada vez más sumido en las entrañas e intraducible. Viste a sus padres llorar con angustia y sobresalto, sin percatarse ni preguntarse por qué esta niña con rubores de ambrosía llora con pasión y entusiasmo como si su muerte fuera tu muerte. Nadie te preguntó. El dolor nos vuelve solidarios cuando es ajeno, nos hace egoístas cuando es propio. No hay dolor en el mundo más cruel que nuestro dolor a cuestras, pregonamos con narcisismo doliente, pretendiendo batir todos los récords posibles de sufrimiento para que no quede duda ni huella de un dolor semejante al nuestro. Llorabas, pero no dabas pena porque la pena era una pena de familia, compartida con avaricia entre los parientes y allegados. Y tu llanto fue un llanto declamativo y presuntuoso, para hacerte notar, para demostrar que tu dolor era más intenso, hondo y doloroso porque tu dolor no es la respuesta de un lazo familiar, de un parentesco muchas veces no solicitado. Y al filo de la tarde, cuando los viejos campanarios bordan el final del ángelus, los pisolabis reiteran invitaciones no atendidas que, al fin, primero Dios y su santa madre, pueden cumplimentarse, dejas el cementerio. Echas la postrera mirada para el adiós porque sabes muy bien que no volverás a este lugar para siempre maldito en tus recuerdos, para siempre oprobioso en tu memoria. No vuelves a mirar, ya para qué, el abandono en que se queda quien, en un raptó de audacia, te arrebatara al más eterno roce de labios inexpertos que sólo fue la esquiva ceniza de lo que pudo ser empecinada brasa. Regresas a tu ventana. te acodas

en espera de que vuelva a pasar, de que vuelva a preguntarte si quieres ser su novia. Otra vez llueve. El tiempo de aguas ha llegado.

Alguien toca en las mandolinas del silencio una breve mazurka de amores y sueños incumplidos. En la capilla de su casa el incensario de su corazón musita una plegaria de ruinas y congojas. Ya ni la telenovela con su ruidosa historia de traiciones a destajo puede consolarla esta noche clara de ausentes luceros. El vendaval de su tristeza no amaina con el tenue silbido de canarios presos en la blasfemia de una jaula de oro pendiente de un balcón que ya no existe. Mira desde el ocaso de su lecho el ramaje de un guayabo a punto de madurar. Se mira las manos y busca bajo la almohada el cuaderno forrado con piel donde escribió segundo tras segundo la intensa agonía de su desamparo cuando ese chamaco de atrevidos vocablos y tímidas acciones buscó el roce de sus labios y la dejó marcada para siempre con la burla letal de una estampida de suspiros y quebrantos en el pecho. Le duele recordar y más se duele de tanta vida sin nada más que enmohecidos juegos de durmientes recuerdos, sumidos en la tempestad de requiebros al pasado y una brusca, leve, enardecida evasión del presente. Comprende que su hora de morir se cumple. Escucha el fastidio de sus familiares porque interrumpen la telenovela para dar una noticia grave: Luis Donado Colosio muere en atentado criminal en Tijuana. Se pregunta ¿y quién es ese? La historia, sin saberlo, la atrapa en sus redes y desde entonces hasta que sus fieles difuntos la vayan a dejar en el viejo cementerio no escuchará más que exaltadas voces clamando justicia en pregón de virtudes y santificaciones por quien no pudo ver satisfechos sus más entusiastas deseos. La vida es así y sin saber que ya alguien lo escribió en un cuento memorable, concluye, la vida no es muy seria con sus cosas.

[En realidad, nadie ha podido comprobar la veraz historia del crimen asesinato.]

Tampoco se ha querido. Tengo varias hipótesis que podrían servir para aderezar unos cuantos ejercicios de narrativa policial. Propongo discutir todas las probables rutas que conduzcan a explicar el quién y por qué. El cómo, cuándo, dónde y qué ya se conoce. La conclusión de la pirámide exige dos respuestas que en verdad son una sola: quién.

Hipótesis de trabajo 1. Elemental. Se trata de un complot narcopolítico para vengar malas reparticiones de botín. Por vía indirecta suprimen la

competencia. Matan, first, al cardenal libre de toda sospecha porque en realidad era el capo mayor del Cartel Ojos Tapatíos. Second, matan al candidato porque se corría el peligro de que vaya en serio eso del cambio y la renovación moral, viejo lema delamadrista que a todos les valió madres. Fue para no desperdiciar el impulso. Ya encarrerados, chingue a su madre el gato. Lo del juez, por lo mismo y para que lo de Ruta 100 vaya tomando color porque ese amarillo canario estaba palúdico y no se vale. Además, que el subprocu tenía cola de donde jalar por sus negocios en el Metro y que no compartió el muy jijodesuresbalosacatrina. Un solo culpable ¡¡¡México!!! Y ya van dos finales, semifinales y etc. que se pierden por la chambonería de esos tiznados ratoncitos de mierda ¿? pacotilla.

Hipótesis de trabajo 2. Los susodichos cadáveres, arriba convalecientes a la diestra del gran arquitecto del mundo (se ve que era chafón porque el planeta le salió de la patada), se autosuicidaron sólo para dar escarmiento a la feligresía religiosa, política, partidista y judicial que desde hace mucho rato no se mochaba con limosnas, agasajos, parabienes y embutes. Cuatro suicidios perversamente prefabricados por las mismas frías mentes calculadoras que devinieron víctimas de su propio suicidio, según lo hubieron dispuesto. Nótese la intrínseca maldad de los contrayentes y contribuyentes del delito. Nótese, además, la misoginia arrabalera, el machismo descompuesto y la asexualización de los eventos. Ninguna mujer víctima-autovictimaria. Para el carajo. Perdón, pa el coño e su mare.

Hipótesis de trabajo 3. A estas alturas la hipo se está quedando sin tesis y desembocando en un vulgar hipo de antología. Profesional que es uno, hai (subrayado, plis, no cursivas [nota del personaje metido a ensayista de corrector moral])_les va. El desaparecido comunismo internacional, junto con la masonería hereje y el sulfuroso demonio son los responsables de tan tristes muertes que, salvo el caso de su ilustrísima eminencia, puede considerarse que fue un justo, merecido y necesario castigo de Dios, santo santo santo y mil veces santo y misericordioso. Por supuesto que el Opus Dei, opus nai nanai en este asunto, ya que todo fue entre facinerosos adoradores del mal. Por lo tanto, tampoco hay culpables que condenar. Como quien dice, lo que sea su voluntad.